

Alfarería manchega

La tierra, el agua, el barro, que hasta se lo encontraba hecho, fueron sin duda los primeros elementos de que el hombre echó mano por pura y elemental necesidad, y es natural que a través del tiempo sigan siendo sus más fieles compañeros, sus constantes auxiliares, los que aún enterrados se conservan indefinidamente y los que le acompañarán hasta el fin.

El conocimiento y el ingenio del hombre, acuciados por la necesidad, han ido transformando sus obras hasta increíbles grados de perfección, sin que por eso desaparezcan, si bien hayan decaído mucho, aquellas otras más rústicas de que el hombre se ha venido sirviendo desde los tiempos más remotos. De estas últimas tuvo la Mancha —tierra seca y de cuevas— abundante producción en sus alfares, que aún hoy nos ofrecen estampas de indudable origen árabe, empezando por el nombre, que no ofrece dudas a este respecto. Cualquier alfar y las casas donde se hallan instalados, nos trae el recuerdo de las viviendas moras, sin apariencias, limpias, claras, rutilantes, llenas de rincones y escondrijos en su contorno adecuados a su necesidad, sin más comunicación ni entrada de luz que la puerta, y todo ello emplazado en patios y corrales más o menos amplios, de paredes bajas y de ruídas, bien encaladas, que vistos en conjunto desde la altura de los montículos de los hornos, semejan un todo común con apartamentos y separaciones convencionales.

No puede sorprender el dicho de que el hombre está hecho de barro y a la verdad que viendo la taumatúrgia del alfarero se queda uno meditando en la posibilidad y espera que del fondo del ánfora, tan tiernamente acariciada para modelarla, pueda salir revoloteando la paloma misteriosamente vivificada, la palomita que será acogida en el hueco de las manos sin más presión que la indispensable para contener su aliento y que no se escape.

El modelar del alfarero es un ademán mimoso, de ternura. La rueda, accionada a pie, no necesita fuerza. Las manos, en actitud acariciante, abrazan la pella humedecida levemente en su superficie con los dedos de la mano derecha, que sumerge en una cazoleta llamada albañal que tiene orilla, humedad que basta para darle a la masa la suavidad indispensable en los primeros giros de la rueda y que la pella tome la forma de huso y que las manos, en tenues contactos con la masa que adquiere entre los dedos increíbles cualidades de plasticidad, nos ofrezcan en cinco minutos la pieza perfectamente modelada, como si estuviera hecha de molde.

Es sublime cuanto simple el arte del alfarero y maravilla ver surgir de entre sus manos, que se adivinan blandas y suaves, la figura que